

LA DESTRUCCIÓN DE VALPARAÍSO

ESCRITOS ANTIPATRIMONIALISTAS

PABLO ARAVENA NÚÑEZ



CONTRA LA MEMORIA EN SEPIA

Sergio Rojas

“Por ahí pasó la muerte tantas veces
la muerte que enlutó a Valparaíso
y una vez más el viento como siempre
limpió la cara de este puerto herido”.

Valparaíso, Gitano Rodríguez

Hace ya demasiado tiempo que la alegría que expresa la letra del vals “La joya del Pacífico” (Acosta y Salgado, 1941) fue desplazada por la tristeza melancólica de “Valparaíso” (Gitano Rodríguez, 1969). Sin embargo, pareciera que en el presente la tristeza ya no contiene la frustración e indignación de un cierto saber del despojo, que desplaza al pasado que atesoran las “memorias”. ¿De dónde vino la violencia?

En este libro de Pablo Aravena aborda el proceso de destrucción de la ciudad de Valparaíso que habría comenzado —esta es una de sus tesis medulares— con el Golpe de Estado de 1973. El conjunto de textos que dan cuerpo a este volumen trasciende el trabajo estrictamente historiográfico, pues reflexiona el sentido

mismo de la destrucción como clave de comprensión del itinerario de la modernización en nuestras latitudes. En efecto, una de las preguntas que cruza el libro sería la de cómo Valparaíso se transformó en algo así como la “memoria de una ciudad”. No se trata del simple olvido del pasado ni de la desaparición del lugar, sino de una memoria que invisibiliza la destrucción. De esto se sigue el subtítulo del libro: “Escritos antipatrimonialistas”. Encontramos aquí una lectura del Golpe, de la historia, del pasado y, sobre todo, del tiempo que se toman las cosas en suceder: nada deja nunca de suceder. Aquel abrupto final que fue el Golpe del 73 (un “final” cuyo sentido está aún en discusión: desenlace, interrupción, restitución, develación) es, en la lectura de Aravena, el inicio de una destrucción del tejido social de la ciudad. El proceso exhibe un itinerario que es, a la vez, económico y político, pero en el fondo, en la perspectiva que cruza los textos aquí reunidos, tiene el efecto de una desagregación completa del sentido de comunidad como forma de habitar social, una devastación de la que sólo quedan unidades atomizadas, individuos en la intemperie de una paradójica espiral de desempleo, consumo y turismo.

La gran historia de la ciudad de Valparaíso, afirma Aravena, es la del mundo popular. La maestranza, el matadero y el puerto constituyen el territorio humano de la ciudad, el tiempo de un horizonte de sentido que existió mientras no se hizo manifiesta la prepotente realidad de las “abstractas” magnitudes de la economía financiera global y la informatización de lo que hasta

algunas décadas atrás todavía no dudábamos demasiado en denominar con el término “mundo”. La destrucción de la ciudad es la destrucción del mundo popular que define el sentido del habitar.

La tesis de Aravena es que la patrimonialización es el necesario enmascaramiento de la destrucción modernizadora de la ciudad. Ya desde el siglo XIX la idea de destrucción creativa da cuenta de la violencia técnica que es inherente a la creciente aceleración de la modernidad, que desborda el patrón humanista ilustrado de la idea de progreso (una creencia que permitía comprender la historia como siendo en lo esencial un intermitente adelanto moral de la humanidad). El ideario de la modernidad se transmuta en modernización. Fue Nietzsche uno de los primeros filósofos en pensar y anunciar aquella destrucción creativa que se encuentra alojada en el corazón técnico de la modernidad, que terminará por hacer colapsar la matriz narrativa de la historia, para transformarla en un vértigo de acontecimientos que se suceden deshaciendo al presente de pasado y también, por lo tanto, de futuro. A través de Werner Sombart la idea de destrucción creativa ingresa en el pensamiento económico hasta llegar al austriaco Joseph Schumpeter, para quien dicha noción define la esencia del capitalismo, siendo propio a toda empresa la tarea de amoldarse a la destrucción para sobrevivir. Aclimatarse a la destrucción, he aquí el problema crucial de la modernización. Esto no sólo significa que todo emprendimiento económico requiere adaptarse a la destrucción, sino también, y esto es lo fundamental,

que el desarrollo económico es la vida de una ciudad (basado esencialmente en el principio del crecimiento de la producción por sobre el del equilibrio del intercambio).

Este libro expone informada y reflexivamente el proceso sociopolítico de la destrucción, hasta arribar al momento en que los problemas sociales terminan por parecer simplemente ajenos a las lógicas del mercado. Desde comienzos de los '80 la economía se abre al interés privado, lo que se confronta directamente con la existencia de organizaciones sindicales. El objetivo era transformar a los trabajadores en individuos, en el marco de una generalizada desvinculación neoliberal. La pérdida de las conquistas laborales ganadas por las organizaciones sindicales pone hoy de manifiesto, siguiendo el examen de Aravena, que “el secreto de la sociabilidad porteña y el mundo popular” era el ingreso económico (seguridad laboral y sueldos) y la forma en que este circulaba al interior de ese complejo ethos cultural. A fines de los '90 la necesidad de modernización tecnológica exigida por las lógicas “despolitizadas” del mercado global conduce hacia una creciente prescindencia del factor humano en la producción. Como señalaba anteriormente: se trata, paradójicamente, de amoldarse a la destrucción.

La ciudad se va transformando en una postal del pasado, la estética de una localidad ensimismada que no tiene para ofrecer sino la memoria editada de un presente pretérito, congelado. En la perspectiva de Aravena, esto último no constituye siquiera una débil

resistencia a la destrucción, sino, por el contrario, la consumación de este tramo de la historia en que los habitantes de Valparaíso se transformarán de trabajadores en consumidores. Esto da cuenta del proceso de patrimonialización del lugar: disponer como mercancía de consumo estético para el visitante aquello que ya no existe en la ciudad. Mercado de la memoria. Esto contribuye a explicar la puesta en valor de la inexistente identidad de una localidad volcada sobre sí misma, es decir, una subjetividad domiciliada en un paisaje que se ha clausurado estéticamente sobre sí mismo en el espacio y en el tiempo. Puede parecer extraño el hecho de que exista el mercado de un “sabor local” que no existe, que la ciudad carismática que el viajero viene a buscar sólo se encuentre en aquellos objetos, paseos y anécdotas que de modo manifiesto han sido producidas para una mirada foránea. Pero sucede que Valparaíso ofrece también la posibilidad de tomarse vacaciones del consumo de objetos de mall y servicios domésticos, entregándose a lo que Kant denomina la “contemplación desinteresada de lo bello”, donde lo que en verdad importa es la representación y no la existencia de las cosas allí representadas. Lo esencial aquí es el sentimiento de tranquila complacencia que provoca la representación, incluso si el contenido de esta es algo feo o penoso. El asunto es consumir representaciones a resguardo de la gravedad (social, política, humana) de las cosas.

Como sugerí anteriormente, en el análisis de Aravena –informado, crítico, lúcido y también político–, la destrucción de Valparaíso guarda una relación interna con el fenómeno de lo patrimonial. Aravena es

claro en su afirmación: “donde hay patrimonio, no hay memoria, ni historia, ni lugar”. Y bien podría decirse que el libro expone precisamente la tesis allí implícita: el patrimonio se hace lugar en la devastación.

Desde hace años que la destrucción hace noticia en Valparaíso, la ciudad llega a los titulares de la prensa con ocasión de las catástrofes naturales (incendios, terremotos). ¿Y el desastre social? ¿Cómo aparece la pobreza? “De pronto –señala Aravena– los pobres eran solo los pobres del pasado, cuyas únicas prácticas eran la cueca chora, la venta de tortillas, motemei, el chinchín y el organillo”. En efecto, existe en varios lugares del planeta un turismo inconfesable del despojo, como si “los pobres” fuesen algo así como los sobrevivientes autóctonos de la modernización. Es en parte la desaparición misma de la ciudad lo que hoy se ofrece al visitante: escenografía, ambientación, “memorias”. La emoción que produce el color sepia de las fotografías (la emoción de emocionarse).

La aceleración del tiempo que es propia de la modernización –y la consecuente conciencia del carácter irreversible del devenir de los acontecimientos– opera como la poderosa condición de un mercado estético del pasado. El turismo es una “máquina del tiempo” que permite viajar al pasado (¿quién querría viajar al futuro en tiempo de neoliberalismo?) desde un presente que se vive “sin alternativa”. Sabemos que la memoria de la ciudad que el turista recoge en la forma de souvenirs no coincide con la memoria de los habitantes del lugar.

Según Aravena, existiría una “memoria social” del despojo, una memoria de la destrucción. Esta es, a mi juicio, una tesis que cruza el libro al que ahora ingresamos, y es lo que le da sentido político al trabajo de sostenida investigación que se encuentra a la base de cada uno de los capítulos. Existiría un cierto “saber” acerca de que el presente de Valparaíso es algo que le hicieron a la ciudad. Aravena pregunta entonces por ese “otro” pasado que no es memoria en color sepia, sino aquello que propiamente cabe denominar historia.